

Del mes: 0.50
Del año: 5.00

Del mes: 0.50
Del año: 5.00

Año II — Núm. 97

SANTIAGO, A 26 DE OCTUBRE DE 1902

Año II — Núm. 97



Anual..... \$ 6.00
Semestral... > 3.50

Pluma y Lápiz

Del mes: 0.20 cents
Del año: 0.40 >

Año II — Núm. 97

SANTIAGO, A 26 DE OCTUBRE DE 1902

VOLÚMEN IV — Núm. 14

Vida de Santiago

Octubre 24.

Hoy como ayer, se continúa escanciando el vino, que no es el «vino triste», se continúa riendo i se continúa tarareando sensiblerías musicales, mientras el sombrero va hacia atrás i de los labios brota en espirales el humo de un habano.

A través de los vidrios mosqueados de la mampara que i va i viene de cualquier bar vese a la jente enfilada ántes los vasos llenos. La espumante i rubia cerveza corona los cristales de Lota. El calor repleta de jente los casinos a las horas de pleno día. La concurrencia renovada, al paso de los minutos, se aprieta de codos sobre las blancas mesitas, a cuyo redor las conversaciones huelgan ruidosas i los mozos corren llevando sorbetes color de rosa o de nieve.

—Ese sapo que está ahí me da ganas de bañarme—esclamó uno ayer, donde Camino. Veinte ojos miraron a la vez en busca del animalito, i los negros i azules de unas cuantas hermosas mujeres, mostrando todo lo mágico de sus iris. Negros i misteriosos los unos, en sus fuegos ocultos; i azules otros, como cielos intensamente azules, pestañeaban azorados ante el temor de la vecindad de un bicho semejante. ¿Acaso hai algo mas horrible que un sapo?

Pero se trataba sencillamente de un gordo bromista que desde un ángulo del salon le dieron ganas de bañarse a la vista de uno de los *glaciers*, o algo así, del casino, en que a orillas de una laguna hai un sapo que mira la máscara de un sol. Todo el lujo del casino de Camino.

La verdad es que la canícula empieza a iniciarse rabiosa, quemadora, insufrible, sin nada que la iguale.

Por las tardes como la jente busca aire i ansía primavera con frescor de árboles i voces de pájaros, se va a la Alameda, i mas que a ésta, al cerro de Santa Lucía. Otra porción se sienta en la plaza de Armas, al amor del cielo, esperando, mano sobre mano, un primer diario de la tarde.

* * *

—Quien como yo—i le advierto que deben ser muy pocos—se sienta hoy tranquilamente aquí, mi buen amigo, i ha visto esto ahora sesenta años atrás, tiene muchas historias que contar, muchas! Nos habla un caballero frances de aquellos que llegaron a Chile cuando la colonia francesa de Santiago no pasaba de una docena de buenos i laboriosos colonos. Esta que ahora se llama con orgullo la plaza de Armas, o Intendencia, era en aquellos tiempos un monton de basuras,—prosigue el simpático frances, moviendo su cabeza de avecita blanca—entonces no habia servicio municipal de aseo ¡i qué lo iba a haber! i la jente arrojaba aquí los desperdicios i basuras de la casa. Yo tenia una tienda de paraguas i objetos de modas, con los primeros guantes de colores que llegaron a esta tierra, un poco mas allá de donde hoy está Ridell.

¿I sabe usted lo que yo hacia a estas horas en que estamos aquí sentados sobre flamantes i cómodos bancos, pisando sobre un suelo tan terso i fino como el piso de un salon de baile, i mirando al «Portal», donde el oleaje humano es torrente que arrolla? Cazaba perdices i patos silvestres en el Parque Cousiño, mientras Santiago dormía la siesta hasta las cuatro de la tarde, mas o menos, hora en que el poco comercio de entonces abria de nuevo sus puertas cerradas desde el almuerzo, i hora en que la jente salia a las calles. Porque entre i doce i cuatro no se veía un alma, ni se oía un ruido. ¿Quiere usted una idea del silencio que se apoderaba, por aquellos años i a esas horas, del centro de esta hermosa capital, hoy tan bulliciosa i colorida, i de la que yo he hecho mi segundo i último París? Porque al primero no he de volver, i ni siquiera tentaré hacerlo.

A los recodos del Sena, al bosque de Bologne i a las noches del boulevard Saint-Michel, no se debe pretender ir cargado de canas ¡i yo que ya estoy para morir!... Lo que le voy a contar es cosa de por allá del año cuarenta i tantos. Tenia yo mi pension en el único hotel que habia entonces, creo, situado en la calle de Estado, entre Agustinas i Moneda. Trabajaba toda la mañana en mi tienda, tranquilamente, i hasta con gran producto a veces, cuando la venta alcanzaba a unos quince o veinte pesos ¡todo un dineral para la época! A las doce, una vez que oía el llamado a almorzar, cerraba la tienda i me iba cantando una *chansonnette* de mi país, mientras mi pipa elevaba espirales de humo por la calle del Estado. Pero ¿se imagina usted cómo se llamaba a almorzar a los huéspedes del hotel donde yo tenia mi pension?—nos habla como para que le respondamos nuestro anciano amigo, reliquia augusta de la colonia de Francia en Chile, poniéndose de pié i alargándonos la mano, como un buen *conteur* que se despide a la última sílaba de una anécdota.

No lo adivinaria nunca. El dueño del hotel, un frances coloradote i tripudo, muy buen cocinero,

salía al medio de la calle i abriéndose un poco de piernas—"yo lo observé mas de una vez!—levantaba las manos i palmoteaba; gritando: *ja la soupe! ja la soupe!*...

Las voces se oían en todo el centro, entónces apasible, sin un ruido, de este Santiago en que hoy vivimos; los comerciantes huéspedes del hotel cerraban sus puertas para ir al almuerzo, i yo tambien las mías, poniéndome en marcha, cantando hermosas *chanzonnettes* de mi país... ¡Oh! ¡qué tiempos aquellos!

Nivosa su cabeza como plumaje de avecita blanca, arrastrando sus piernas de octojenario, pero sonriente siempre como buen frances,—i a quien malos negocios hicieron perder una de las primeras fortunas del comercio de ahora treinta años,—le vimos con tristeza alejarse, acesando, tambaleándose, i orillando la sombra de los árboles de la plaza, en cuyo májico verde quebrábase un sol de fuego....

GASTON